

TÍTULO: La renuncia

PSEUDÓNIMO: Agatha Abril

La mujer había nacido al norte. La prisión estaba al sur. Sentía un hartazgo insoportable por las idas y venidas, las llamadas, la obligación del ingreso semanal del peculio. “Cincuenta euros”, le había dicho tajante a la niña, porque una niña era su única hija: 20 años, diagnosticada de esquizofrenia estando ya en prisión o eso aseguraba ella, alguien en quien no podía confiar, adicta al drama. La mujer era alta, rubia, sus hombros ligeramente caídos, mentón prominente, caderas anchas pero en su peso. No toleraba la imperfección. No soportaba a su hija. Lo reconocía y se lo repetía como un mantra mientras conducía en dirección a la prisión.

Cuántas veces la había pensado, cuántas la había proyectado... Buena estudiante, una pequeña que se convertiría en una adolescente de buenos modales, de la que podría sentirse orgullosa. Cuántas veces la había imaginado como una mujer de éxito, reflejo de su progenitora. Pero nada había salido según lo planeado. La niña no solo no se le parecía, es que no tenía nada en absoluto de ella. ¿Quién era aquella joven que le resultaba una desconocida? ¿De dónde había salido esa chica desgarrada, de mirada extraviada y desolada, en un cuerpo incómodo, desordenado? ¿De dónde aquella tez lívida, enfermiza, que le recordaba el color de las aceitunas de sus Martinis en las sobremesas del fin de semana? La mujer pensó que las perlas de crack, la adicción, no eran más que una nueva excusa, una forma hilarante de llamar su atención. Estaba decidida. Tenía que poner fin a esta relación impuesta. “Qué más da la sangre. Yo no tuve nunca vocación de madre; todo tiene un límite”.

El teléfono sonaba insistente. Hastiada con cada nueva llamada, exhalaba una masa gris de sus pulmones. No estaba en condiciones de hablar con nadie. Aquella mañana no podía admitir la más mínima distracción. Tenía la impresión de que la ruptura con la niña podría parecerse en algo a su separación de Alejandro después de cuatro años. Aquello le dejó un sabor amargo en la boca del estómago. Luego, solo un corte seco. Ahora, en cambio, dejar atrás a su hija se parecía más a un tajo certero, el útero desdibujándose de su consciencia. Pareció asomarse una sombra de tristeza. La despejó. “Que mierda. No tengo tiempo ni ganas de más sentimentalismos”. La niña había pesado algo más de dos kilos al nacer; ya en aquel primer encuentro le pareció raquítica. Recordaba el alivio de la salida de aquel ser extraño de su propio cuerpo. Decidió no amamantarla sopesando las consecuencias sobre sus hermosos pechos, que pese a todo, habían sido sustituidos por dos prótesis que le conferían ahora una seguridad en la que se recreaba

cada mañana frente al espejo. Sin duda su mejor inversión junto a las dos liposucciones que habían esculpido su figura.

Quedaban aún veinte minutos de trayecto. Tenía que ser puntual. Zanjaría el asunto sin dar la oportunidad de una conversación. Repasaba mentalmente sus frases: “no quiero seguir viviendo esta pesadilla. No te faltará de nada, pero no quiero más contactos, más llamadas, está es mi última visita. Has elegido que camino seguir y yo debo continuar el mío. Quizás en unos años, quizás nunca, no lo sé, pero no vendré más, no me busques”. Sentía una desesperación incontrolable que le paseaba las neuronas arriba y abajo. “Solo así estaré segura de una ruptura completa”. Toda aquella desagradable historia de la detención, la condena, la posibilidad de un tercer grado, la adicción a esa mierda del crack. Era como si aquella niña fuera la hija de otra, una de esas desnortadas, quemadas por el sol y la vida que llegaban al centro desde las barriadas del extrarradio.

Su hija estaba de viaje de estudios en Londres. Esa era la versión oficial para el mundo exterior, para las amigas del club, para su espacio vital. Hoy adquiriría un compromiso consigo misma, un acuerdo económico con la niña. La dejaría en manos de un nuevo abogado cuyos gastos cubriría por transferencias acordadas a partir de comunicaciones solo por correo electrónico. Nada de llamadas ni de detalles. No quería saber. Ya se veía libre, sujeta solo a su propia esencia, a una vida límpida, sin las excreciones del submundo nauseabundo que la niña, se repetía, había elegido. El teléfono volvió a sonar. “Vaya pesadez; qué mierda pasa”.

Por fin veía la cárcel a lo lejos. Más bien una sucesión de edificios que tomaban forma asemejándose a un gigantesca barriada con mil vidas miserables. Sintió como el principio de una arcada. Tragó en seco. Llegaba con tiempo, un minuto más tarde de las 09:00 horas y no podría entrar al recinto, una cárcel tipo, moderna, de alta seguridad, con un ejército de funcionarios a los que miraba por encima del hombro, como si esa especie de superioridad le confiriera una distancia necesaria y prudente de la vida de la niña. No soportaría un día más sin ejecutar la decisión que llevaba meses meditando, primero como un pequeño embrión agazapado a su red neuronal y desde allí a su corteza prefrontal. Una idea irregular que llegó a convertirse en un círculo cerrado desde el diafragma hasta el útero, que sentía como esparto. Aparcó. Bajó del deportivo con tiempo suficiente para apurar un pitillo mientras se miraba los tacones rojos. Pensó en encender otro cigarrillo pero miró de nuevo el reloj y desechó la idea. “Al salir”, se dijo. “Lo disfrutaré después, cuando toda esta mierda haya terminado”.

Se encaminó a la puerta de acceso. Miró fijamente al funcionario. “Buenos días”. Entregó su identificación y pasó por el arco de seguridad. Iba preparada. Nada de sujetadores con aro, nada de cinturones. Ya conocía la rutina, los retrasos, la posibilidad de tener que desnudarse en una fría habitación. El funcionario levantó el teléfono. Hombres, mujeres, algún niño, se agolpaban para pasar. El hombre levantó la mano ordenando que esperaran mientras recibía instrucciones al otro lado del auricular. Pidió a

la mujer que se pusiera a un lado; la invitó a tomar asiento. “Tendrá que esperar un momento”, se limitó a decir. Ella no se contuvo: “¿Hay algún problema? Tengo la visita confirmada”. “Señora, debe esperar”, la cortó.

El funcionario no le sostenía la mirada que ella buscó insistente, tratando de encontrar indicios de por qué no había pasado con los demás familiares. “Esta niñata ha rechazado la visita, no puedo creerlo”. Un hombre alto, calvo, uniformado, se presentó como el subdirector de Seguridad del Centro Penitenciario. Lo acompañaba una mujer pequeña, joven. “Encontramos a su hija colgada en la celda en el recuento de esta mañana. No pudimos hacer nada por ella. Hemos intentado localizarla. Lamento darle tan terrible noticia. Ella es la psicóloga, la acompañaré. “¿Le apetece beber algo caliente? La madre pensó en el color de las aceitunas. Se agarró las tripas; una ganzúa de hierro tiraba de su útero de esparto hasta algún lugar indefinido, al sur.